

Y los dos se dirijeron hácia palacio hablando en voz baja. En el interin cualquiera observador que allí hubiese podido hallarse, hubiera visto salir del corazon de la arboleda varios hombres uno tras otro, pero con marcados intervalos, los cuales se retiraban y perdian en distintas direcciones.

## II.

### LA LLAVE DEL JARDIN.

Así que hubo salido del pabellon Antonio Perez, el marqués de Poza se volvió á su estancia y vió al príncipe que apartando con su mano derecha el cortinaje azul, asomaba un rostro escesivamente pálido y calenturiento. El marqués se sobresaltó.

—Qué es eso? qué teneis, príncipe mio?

Cárlos dejó caer tras sí el cortinaje y dando algunos pasos vacilantes por la estancia fué á dejarse caer mejor que á sentarse en un sillón. El de Poza repitió con inquietud la pregunta.

—Marqués, marqués— exclamó el príncipe con un acento particular — ese hombre que acaba de salir de aquí es una vívora. Todo lo temo yo de ese hombre.

Cárlos apoyó su codo en uno de los brazos del sillón y dejó caer su frente abrasada en la palma de su mano. Hubo un momento de solemne silencio. La ventana se habia vuelto á abrir impelida por el viento y este penetraba en la estancia á bocanadas despidiendo gemidos melancólicos y haciendo temblar la luz que brillaba encima la mesa.

El marqués, de pié ante el príncipe, no se atrevia á interrumpir aquella especie de melancólico recojimiento. Cárlos fué el primero en romper el silencio. Su voz parecia impregnada de sollozos; tanta tristeza encerraba y tanto dolor daba á comprender.

—Marqués, tú no sabes lo que hay aquí, ignorante como te hallas del secreto que guarda mi corazon, pero, te lo digo, ay! y te lo digo con toda la conviccion del hombre á quien el dolor le hace adivinar y preveer; yo estoy en manos de Antonio Perez y Antonio Perez me venderá como Judas vendió á Cristo!

—Príncipe mio....

—Sé lo que vas á decir, sí, no ignoro que hay aun corazones leales y que el tuyo es uno de ellos, pero sin embargo, yo soy solo, solo para luchar contra ese hombre que es el verdadero rey de España. No lo dudes, te lo repito, yo caeré á sus piés. Oh! y si aun no fuese mas que yo....

El príncipe se interrumpió. La emocion le embargaba la voz. Al poco rato, levantó su rostro surcado de lágrimas y dirigiéndose al de Poza le dijo con un acento de sentimentalismo tal que ninguna pluma seria capaz de pintar:

—Marqués, yo no tengo amigos, yo no tengo hermanos, yo no tengo á nadie en el mundo en quien poder depositar parte de los dolores que me abruman y que son para mis pobres hombros demasiada carga. Marqués, tú has sido mi compañero de infancia, y acaso hoy la Providencia me haya traído aquí para hacerte esta pregunta: marqués, dí, quieres ser mi amigo, quieres ser mi hermano?

—Señor....

—Dí, oh!... dímelo! Quieres?

—Príncipe mio, juro ser vuestro mas fiel y mas leal servidor.

—Oh! no, yo no necesito servidores, yo necesito solo hermanos. Dí, marqués de Poza, te atreves á cargar con todas las consecuencias de ser el amigo de un príncipe cuya amistad puede ocasionarte la muerte?

—Moriré cien veces con gusto, señor, por la honra de llamarme hermano vuestro.

—Pues entonces ven, ven á mis brazos; marqués — exclamó Cárlos abrazándole en medio de sus sollozos; — ven á mis brazos, digno y leal corazon, y no olvides que este abrazo de tu príncipe sella tu muerte, porque, ay! demasiado se apresurarán á separarte de mi lado cuando sepan nuestra fraternal union.

El príncipe y el marqués permanecieron largo tiempo abrazados y ambos rostros mostraban en sus lágrimas su emocion. Cuando se hubieron recobrado un instante, Cárlos dijo:

—Ahora, marqués, puesto que eres ya mi hermano, voy á abrirte



mi corazón para que puedas leer en él como en el tuyo mismo.

En aquel momento sonó un ruido á pocos pasos de los dos personajes. Un objeto como una piedra, pero que despidió al dar contra el suelo un sonido metálico, habia entrado por la ventana yendo á caer en medio de la sala.

—Qué es eso?—dijo Carlos.

—No sé—murmuró sorprendido el marqués abalanzándose á cojer el objeto que se veía en el suelo.

Era una llave de la cual colgaba una cinta azul.

—Ah!—dijo entonces el de Poza como recordando.—Ya sé.

—Qué llave es esa?—preguntó el príncipe.

El marqués vaciló un momento, pero en seguida dijo:

—Yo no debo tener secretos tampoco para vos, señor. Es la llave del jardín de la reina.

—De la reina!—gritó Carlos poniéndose en pié como por un resorte.

—Y cómo es que llega á tus manos de este modo?

—Señor, una de las camaristas de la reina es mi amada, mas que mi amada, mi futura. Aura de Villa Medina me envía esta llave para que ciertos días, los que combinaremos por medio de una seña, pueda yo entrar protegido por las sombras de la noche en el jardín con objeto de hablar con la que ha de ser un día mi esposa.

La frente de Carlos se ensombreció.

—Qué feliz eres! Tú puedes requerir de amores á la amada de tu corazón, puedes decirle todo ese torrente de palabras que el corazón funde rápidamente y que se escapan á los labios; en esos momentos de expansión en que el hombre se entrega todo entero al placer de amar y á la embriaguez de estar junto á la muger adorada, de estrechar su mano, de rozar su ropa con la suya, de besar los flotantes rizos de su cabello cuando un soplo de brisa bienhechora los arroja al rostro del entusiasta amante. Oh! sí, qué feliz eres!

De pronto una idea fugaz como un relámpago surcó la mente del príncipe é iluminó su rostro.

—Oye,—dijo,—quieres darme esa llave? yo te la cubriré de perlas y diamantes; yo te daré en joyas veinte veces mas de lo que pese.

—Entonces no sería dárosela, sino vendérosela. Tomadla, señor.

El príncipe cojió aquella llave que le alargaba el de Poza y con una especie de delirante frenesí la estrechó contra su corazón y la llevó á sus

labios. Sin embargo, no tardó, calmado este rápido momento de entusiasmo en arrojarla encima la mesa.

—Ay! no, me olvidaba!—dijo con amargura y con los ojos velados de lágrimas—recoge esta llave. Sería un medio de perderla mas pronto. No, la felicidad no se ha hecho para mí! Guarda esta llave, marqués, y oye los secretos de mi alma.

Y el príncipe empezó á contar á su confidente todas las escenas de una historia de corazón.

Esta historia, mejor que el príncipe Carlos al marqués, se la contaremos nosotros á nuestros lectores, puesto que podremos añadirla ciertos detalles que, siendo de él ignorados, no pudo por lo mismo comunicarlos al de Poza.

### III.

#### ISABEL.

Qué hermosa éra si la hubieseis visto la tierna doncella de Valois! Crecía bajo el cielo de Francia llena de gracia y de belleza como el lirio en el valle lleno de pompa y de perfumes.

Un día su madre Catalina de Médicis le colgó al pecho un retrato de esmalte pendiente de una cadena de oro y le dijo, besándola en la frente:

—Hija mia, este será tu esposo.

A la doncella de Valois le gustó el retrato, pero mas le gustó aun la tierna carta que lo acompañaba, firmada por el príncipe Don Carlos, hijo de Felipe II, es decir, hijo del rey mas poderoso de aquella época.

Isabel contestó á la carta y, una galante pero espresiva correspondencia se estableció entre los dos jóvenes.

Las cartas de Isabel, redactadas con un estilo sencillo á la par que amo-



roso y tierno, infundieron en el corazón de Carlos sentimientos que ya nada en el mundo podía borrar. Las cartas de Carlos, redactadas con un lenguaje apasionado y robusto, hicieron brotar en el corazón de Isabel todo un raudal de secretas y deliciosas sensaciones, hasta entonces desconocidas para su alma virgen de toda ilusión de amor.

Sin conocerse más que por sus retratos, entrambos se profesaban un cariño sin igual. Sus corazones se habían comprendido, sus almas vivían y se nutrían de la misma vida de amor.

La tierna doncella de Valois era entonces dichosa como toda joven que tiene el pecho lleno de ilusiones no esparcidas ni estraviadas aun por el viento de la amargura; Isabel pasaba sus días en dulces é inocentes juegos con su hermana Margarita y juntas hablaban de su prometido Don Carlos y juntas pensaban en el porvenir de encantos y delicias que esperaba á Isabel bajo el cielo poético de la España amando con delirio á un hombre que le correspondía con idolatría.

Así es que cuando su madre la condujo á las fronteras de España, la doncella creía caminar á la dicha y tuvo que detenerse en el umbral del regio pabellon donde la esperaba su prometido, para vencer la placentera emoción que le causaba su futura y próxima felicidad.

Pero, ó sorpresa! al penetrar en la tienda real levantada para la entrevista y sobre la cual ondeaban como dos penachos las banderas española y francesa, no fué Don Carlos, no fué el gentil mancebo de mirada melancólica el que se presentó á ella; quien se adelantó á recibirla fué un anciano de aspecto severo, vestido con un traje negro, de semblante pálido y arrugado, y aquel viejo fué el que estrechó con su mano nudosa y helada, la blanca y modelada mano de la doncella de Valois.

Isabel sorprendida dió un paso atrás y miró á su madre.

—Es el rey de España!— murmuró Catalina á su oído, y acompañando sus palabras de aquella diabólica sonrisa italiana que tenía por costumbre y que rasgaba la ilusión como un puñal la seda, añadió, —el otro no era más que el príncipe.

Y unió violentamente la mano de su hija á la mano del viejo monarca, diciendo á la pobre Isabel como si con esto creyera recompensarle de la pérdida de todos aquellos ensueños de ventura que huían en tropel de su virgen corazón.

—Te hago reina!

Al día siguiente, medio muerta de terror, pálida como un cadáver, la

jóven se dejaba caer en el regio tálamo de Felipe II frío aun con la muerte de dos reinas.

Qué motivo había impelido á Felipe á enlazarse con la prometida, con la amada de su hijo? Qué intención le guiaba á anticiparse á su hijo verificando una boda con una princesa que ni tenía su edad ni podía tampoco participar de su carácter? Porqué aquel hombre muerto ya para los goces del alma se había de interponer como un espantoso abismo insuperable entre la dicha y las ilusiones de aquellos dos jóvenes?

Cosa es esta que la historia misteriosa de Felipe II no ha descifrado aun del todo y que por consiguiente menos aun podemos tratar de averiguar en este sitio.

Carlos cayó peligrosamente enfermo al saber aquel enlace, al ver unida á la vida gastada de su padre el ángel de consuelo que él había soñado para su compañera en el mundo. Su enfermedad fué terrible y hubo un momento en que llegaron ya todos á creerle muerto, según lo hemos oído referir á Antonio Perez en el primer capítulo de esta historia.

Cuando recobró la salud, cuando el jóven y entusiasta príncipe fué devuelto á la corte y al porvenir, trató de fugarse, de huir lejos de aquella muger que habiendo sido su amada y debiendo ser su esposa, era sin embargo la esposa de su padre. Pero fueron vanos todos sus esfuerzos, su corazón se rebeló contra su voluntad, y si el deber le mandaba huir, la fatalidad le obligó á permanecer.

Carlos se quedó en la corte.

Huyéronse los dos jóvenes largo tiempo, sumergidos en una desesperación reconcentrada y taciturna, que amenazaba por lo mismo ser eternamente duradera. Carlos presentaba á la corte el espectáculo del rostro melancólico y sombrío del hombre á quien asesina lentamente todo un pasado de punzantes memorias. Isabel escondía bajo sus galas un corazón que era una tumba y bajo su mate palidez y sus ojos de color de cielo toda la envenenada languidez de un terrible suplicio.

Decíamos que los dos jóvenes se huían, pero, ay! la fatalidad había atado sus destinos con un eslabon de hierro, y así como aquellas dos almas puras, vírgenes, soñadoras, habían creído un día que sus labios se juntarían para beber en el mismo manantial de placer y de delicias, así debían entonces tropezarse sus mismos labios apurando juntos la misma copa de hiel y de amargura.

Sus ojos se llegaron á encontrar un día y la mirada que trocaron les bastó para comunicarse mutuamente todo el veneno de su amarga suerte.



Sin embargo ni uno ni otro olvidaron, ella lo que debía á su esposo, él lo que debía á su padre. No fué un profundo y prolongado amor lo que hubo entre ellos; fué un largo y eterno martirio solamente.

Por aquel entonces habia en la corte de España una muger con el rostro de ángel y el corazon de demonio, una muger cuyos ojos fascinaban como los de la serpiente y que no podia ver impasible que los hombres pasaran por delante de ella sin arrojar á sus piés, como una ofrenda debida, el tributo de su admiracion ó su cariño. Era esta muger la princesa de Eboli, el verdadero ángel malo de la nacion, pues teniendo preso en sus redes de oro al ministro Antonio Perez, poseía á su vez con él la voluntad del monarca, ya que Felipe solo hacia aquello á que sabia inclinarle su mañoso secretario.

Aspasia del siglo XVI, la princesa tenia en sus manos y movia segun se le antojaba todos los resortes de las intrigas que se fraguaban en la corte y gustábale, desde lo alto del pedestal de su orgullo, arrojar á puñados sus caprichos sobre las doblegadas frentes de todo aquel rebaño de cortesanos que la rendian homenaje como á un ídolo.

Esta fué la muger que, prosiguiendo tal vez el secreto camino de una intriga, porque nada habia que la princesa no hiciera por cálculo, esta fué la muger, decimos, que un dia trató de encender las pasiones de Don Carlos, el cual, dándola ejemplo de lo que hasta entonces no se habia atrevido á hacer con ella ningun hombre, la manifestó su indiferencia y aun casi su desprecio. Este marcado desvío hecho á una dama del orgullo desmedido de la princesa de Eboli, tenia que despertar en el corazon de esta una antipatía mortal, un odio á toda prueba.

La princesa le juró venganza á su amor propio ofendido, y empezó por hacer participar á Perez de sus odios.

El pobre Carlos, sin saberlo, acababa de crearse la mas terrible, la mas atroz enemiga. Era como si hubiera visto levantarse á sus piés una vívora.

El príncipe, la mayor parte de las noches, despues de media noche, se embozaba en su ferreruelo y se salia á pasear por los jardines solo, sin hacerse acompañar de nadie, recatándose al contrario de todo el mundo, y se sumergia en el fondo de las alamedas y gozaba cruzando y divagando por las sombrías calles de árboles. De esta manera, siguiendo en su paseo como á la ventura, acostumbraba llegarse hasta el lienzo oriental de palacio donde estaban las ventanas de la reina, y si entonces una tos rebelde iba á conmover los pulmones del jóven, abríase como por encanto una celosía y

un cordon de seda bajaba á depositar en las manos del príncipe un papel que este sustituía con otro, desapareciendo enseguida la seda conductora.

Cómo llegó la princesa de Eboli á saber los nocturnos paseos del príncipe y la aventura del cordon de seda? Esto es lo que nadie supo ni ha sabido jamás.

Lo cierto es que pareció la princesa estar de ello perfectamente informada cuando, una mañana, chispeando sus ojos de júbilo, se le comunicó á su amante Antonio Perez, quien instado por ella y obedeciendo, esclavo sumiso, á sus deseos, se lo comunicó á su vez al monarca.

Este, dotado de un alma superior y pensativa, no mostró por ello enfado ni desasosiego. Su semblante se ensombreció con mayores tintas, su mirada cobró un nuevo grado de severidad sobre la severidad que le era propia, y nada mas. Determinó solo observar la pasion que se le delataba y quiso convencerse por sus propios ojos de que era verdaderamente su hijo el rondador de las ventanas de la reina.

Al efecto dispuso que una noche Perez reuniese á unos hombres de entera confianza á los cuales él mismo se juntaria sin darse á conocer. Estos hombres debian armar pendencia con el príncipe solo con el objeto, no de asesinarle como este creyó, sino de obligarle á descubrirse y á hablar para que Felipe se convenciera de lo que no podia acabar de creer.

El plan les salió frustrado en gran parte como ya hemos visto. Aquella noche no se abrió la celosía ni bajó el cordon, y Carlos, viéndose acometido y perseguido, escaló la ventana del marqués y se refugió en su habitacion, prefiriendo esto á hacer frente á sus adversarios ó á retirarse á palacio, cosas ambas que hubieran podido descubrirle.

Felipe, cuando ya no le quedó duda de que el hombre que perseguian se habia refugiado en el pabellon, sospechó por un momento si seria el marqués, en vez del príncipe, quien rondaba los aposentos de Isabel y llegó á hacer partícipe de su duda al mismo Antonio Perez que, para averiguarlo, decidió hacer en el acto la visita que le hemos visto llevar á cabo con el huésped del pabellon.

Hacia probable la duda del monarca el ser el marqués de Poza el caballero mas galante que se conocia en la corte y el haber todos los ecos de la fama repetido mas de una vez por su cuenta locas aventuras, atrevidos lances ó arriesgadas empresas.

Hemos asistido á la escena de diplomacia que á consecuencia de esta duda tuvo lugar, y ya sabemos como casi llegó á convencerse Antonio Perez



de que el rondador estaba oculto tras las cortinas del dormitorio no siendo otro que el mismo príncipe Cárlos. Sin embargo, la cosa no pasaba aun de simple conjetura ó sospecha.

Tal era el estado de las cosas y la situación de los personajes al comenzar esta historia. Tal fué tambien lo que contó, con mucha menos abundancia de detalles, el príncipe al marqués cuando le franqueó abiertamente todo su corazón.

## IV.

AURA.

Tres noches despues de las referidas aventuras, en una apacible y clara, un caballero que con ayuda de una llave se habia introducido cautelosamente en el jardin de la reina, se paseaba por una de las calles del mismo, bajo la bóveda bordada cuyos juguetones caprichos dibujaba en el suelo la luz melancólica de la luna.

No era otro este caballero que el marqués de Poza.

Sin duda hacia ya rato que esperaba, y hallábase acaso el buen galan cansado de aguardar tanto tiempo, pues que todos sus ademanes revelaban una impaciencia y un desasosiego cada vez mas progresivos. Ya se sentaba en un banco de piedra tras del cual se alzaba un combinado respaldo de enredaderas, ya se levantaba inquieto, y mohino se dirigia al cabo de la calle para asomar la cabeza é interrogar el jardin desierto completamente. La persona á la que con tanta ansiedad esperaba, no se daba prisas ciertamente en acudir á la cita.

En uno de estos momentos en que su impaciencia llegó á ser tal que le obligó á dar una fuerte patada en el suelo, creyó el marqués oír á sus espaldas una espresiva risa femenil, pero fué tan leve que pudo muy bien haber sido un murmullo solo de los árboles ó una simple ilusion. Algo de ello debió ser, porque el marqués se volvió repentinamente y no vió á nadie.

Encojióse de hombros y tornó á continuar sus paseos, hasta que, transcurrido otro buen rato sin que nadie se presentara, volvió á dar una patada en el suelo acompañando esta vez su gesto con una espresion de mal humor. Entonces oyó clara y distinta á sus espaldas, no ya una risita como primeramente, sino una verdadera carcajada.

Volvióse y vió asomar por detrás de la enredadera del banco la linda cabeza de una graciosa jóven de diez y seis años.

— Aura! exclamó.

— La misma, caballero — contestó la jóven mostrándose y adelantándose con cierta seriedad que hacia el mas cómico contraste con su rostro picaresco, — la misma, que no esperaba por cierto hallar á un galan tan impaciente. ¿Porque no os marchabais, caballero, ya que tan desasosogado os traia el esperar un poco? Habeis de saber, señor marqués, que á mí no me gustan los galanes que muestran impaciencia y cólera porque su dama retarda un poco la hora de la cita. Yo quiero á los hombres sumisos, pacientes, resignados....

— Pero, Aura....

— Ja! ja! ja! — exclamó entonces la jóven dando una carcajada y cambiando completamente de tono, — con que te he hecho esperar, pobre marqués? Cuanto lo siento! Te duele la cabeza, amigo mio?.... el aire de la noche es tan malo.... sobre todo para los que se impacientan....

— Es posible que nunca has de ser formal, Aura? Siempre una niña!

— Cómo una niña? Tengo diez y seis años y soy la futura del marqués de Poza, un guapo mozo, un galan que no tiene rivales entre los hombres y que es querido de todas las mugeres.... sí, de todas las mugeres, bribon; no pienses engañarme. A bien que á mí me importa poco, — prosiguió la jóven con una volubilidad encantadora, — si tú le haces el amor á una sola que no sea yo, yo tendré galanes por docenas que beberán los vientos por mí.

— Aura, Aura, querida mia, déjate de bromas, ven á sentarte á mi lado y hablaremos formales.